

dres, los entendian y hablaban de ello; y agora les parece á estos tales que es poca gravedad escribir y saber cosa buena en nuestra lengua; de suerte que quieren mas hablar bárbaramente la ajena y con mil impropiedades y solecismos y idiotismos, que en la natural y materna con propiedad y pureza, dando en esto qué reir y burlar y mofar á los extranjeros que ven nuestro desatino. No se puede sufrir que digan que en nuestro castellano no se deben escribir cosas graves; pues ¿cómo? Tan vil y grosera es nuestra habla que no puede servir sino de materia de burla? Este agravio es de toda la nacion y gente de España, pues no hay lenguaje ni le ha habido que al nuestro haya hecho ventaja en abundancia de términos, en dulzura de estilo, y en ser blando, suave, regalado y tierno, y muy acomodado para decir lo que queremos, ni en frásis ni rodeos galanos, ni que esté mas sembrado de luces y ornatos floridos y colores retóricos, si los que tratan quieren mostrar un poco de curiosidad en ello; esta no puede alcanzarse si todos la dejamos caer por nuestra parte, entregándola al vulgo grosero y poco curioso. Y por salirme ya des-to, digo que espero, en la diligencia y buen cuidado de los celosos de la honra de España, y en su buena industria, que, con el favor de Dios, habemos de ver muy presto todas las cosas curiosas y graves escritas en nuestro vulgar, y la lengua española subida en su perfeccion, sin que tenga envidia á alguna de las del mundo, y tan extendida cuanto lo están las banderas de España, que llegan del uno al otro polo; de donde se seguirá que la gloria que nos han ganado las otras naciones en esto, se la quitemos, como lo habemos hecho en lo de las armas. Y hasta que llegue este venturoso tiempo, que ya se va acercando, habrémos de tener paciencia con los murmuradores los que somos de los primeros en el dar la mano á nuestro lenguaje prostrado. Volviendo pues á mi propósito primero, digo que por expreso mandamiento de mi prelado he habido de hacer imprimir este librito, cuyo título le parecerá al lector que va errado; pues digo que es *Tratado primero de la Madalena*, no sucediéndole segundo de la misma ni de otra materia. Razon tienen; mas tuve intento de imprimir, junto con este, otro que tengo hecho de San Pedro y San Juan, que creo que, aunque es menor, no es menos dulce, y á aquel llamaba yo *segundo*; y como en el discurso de la impresion pareció que el de la Madalena crecia mas de lo que los impresores, y aun yo, pensábamos, he habido de dejar el *Tratado de San Pedro* por no hacer este libro de demasiado volúmen, que lo fuera con aquel, poniéndolo todo junto. Dije al principio deste prólogo que hacian gran daño á muchos los libros de poesia profana; y por si pudiese yo reparar alguna parte deste daño, he querido probarme á hacer algunos versos, y salir *velut anser inter olores*, que suelen decir. Bien sé que no son los mas escogidos ni mas bien trabajados del mundo; mas lo que les falta de curiosidad en la compostura les sobra de bondad en la materia y de grandeza en el sugeto. Podria ser que, hecho el gusto á estos salmos y canciones divinas, vengan algunos á desgustar de las profanas.

DEL MAESTRO FRAY ANTONIO CAMOS,

AGUSTINO.

SONETO.

Madalena, famosa pecadora,  
A los piés de la vida derrocada,  
Con la madeja de oro desatada,  
Que al sol hizo envidioso en algun hora;  
Con llanto lava, enjuga, besa, adora  
El lodo de los piés, do perdonada,  
De red y lazo de almas, fué trocada  
En vivo templo, adonde Cristo mora.  
Ungióle la cabeza en otra cena  
Al mismo, y prometió premialla tanto,  
Que fuese celebrada en todo el mundo.  
Cumpliólo ya, pues vos y Madalena  
Hacéis con su llorar y vuestro canto  
Que ella no tenga igual ni vos segundo.

DEL PADRE FRAY LORENZO SIERRA,

AGUSTINO.

SONETO.

Perdido el nombre, del pecado esclava,  
El cuerpo y ánima envueltos en torpeza,  
Olvidada de Dios y de la alteza  
De sangre, que á lo honesto la llamaba,  
El nombre cobra y el pecado lava,  
Del cuerpo y alma alimpia la bruteza,  
A Dios acude, y torna á la nobleza  
De sangre, que lo torpe la enturbiaba.  
Amor, cabello y ojos no, mas fuentes,  
Que cristal á los piés de Dios vertieron,  
Lavaron alma y cuerpo, culpa y pena.  
Dióle cielo el amor, y las ardientes  
Lágrimas el perdon que merecieron,  
Y hoy da el nombre Malon á Madalena.

## TRATADO

DE LA

### CONVERSION DE LA GLORIOSA MARÍA MADALENA,

SOBRE EL EVANGELIO QUE SE PONE EN SU FIESTA,

QUE ES:

*Rogabat Jesum quidam Pharisæus, ut manducaret cum illo, etc. (Lucæ, 7.)*

ANTES que comience á tratar la historia de la bienaventurada María Madalena, quiero pedir licencia para no guardar en este tratado ó sermón el estilo acostumbrado de predicar, que es ir declarando cada palabra del Evangelio y mostrando sus misterios particulares; porque, pues la Madalena fué santa tan sin guardar Dios el órden y regalo ordinario que acostumbra en las conversaciones de los demás santos, haciéndola tan grande de tan grande, tan poderosa santa de tan poderosa pecadora, mostrándose Dios absoluto señor de leyes de conversion, pues de la primera tijera y mano quedó tan acabada, que dejó muy atrás á muchos de los muy aventajados santos; no será mucho que tampoco yo siga el estilo comun que suelo en predicar en los santos ordinarios. Y así, pretendo despedirme de este mi sermón de las leyes y preceptos que dan los mas acertados predicadores, y gozar de la voluntad de mi gusto en el proceder; y prevengome en esto para los demás que en este mi libro escribiere, por salirme de una vez de todo ello y por rematar con los censores que quieren reglar el querer ajeno conforme á su antojo. Y quedese esto dicho de una vez para las demás que se pudiere ofrecer ocasion de excusa.

Para que por mejor órden procedamos será menester considerar en la Madalena tres estados; los cuales se deben pensar en todos los que de pecadores (por la gran misericordia del Señor, que los trae á su conocimiento) pasan á ser justos. El primero es de pecadores cuando están apartados de Dios y de su gracia y amor; el segundo es de penitentes, cuando, prevenidos con la dulzura de las misericordias del Señor muy alto, comienzan á caer en la cuenta de su mal estado, y corridos de su daño y perdicion, avergonzados de la torpeza de sus obras, se vuelven á Dios y hacen verdadera penitencia; el tercero es cuando ya el alma, vuelta en gracia y amistad de su clementísimo Padre y Señor, goza de la paz que dice san Pablo que sobra todo sentido; del cual estado solo tienen licencia de hablar los que en él se ven; porque los que no han llegado á sentir aquella gran dulzura y suavidad que á sus regaladas

esposas les comunica el celestial Esposo, de quien decía la Esposa en el primero de los *Cantares*: Metióme el Rey en el aposento de sus regalos y conservas, donde tiene lo mas precioso de sus olores y vinos. Allí me regocijé y alegré en mi Amado, que me dió mas suave licor que los mas estimados vinos de Candía ni de otras partes. Así que, quien no ha llegado á tener estos gustos, no puede hablar de ellos, sino con el poco mas ó menos con que suelen hablar los que tratan lo que no entienden; y lo menos que dejan es lo mas que ellos saben entender. Tratemos pues del primero destes estados, invocando para ello y para todo lo demás que hobiéramos de decir, la gracia y favor del Espíritu Santo y la intercesion de la gloriosa Virgen María y de todos los santos del cielo.

#### PARTE PRIMERA.

§. I.

Del tratado de la Madalena.

Cuando el gran Monarca y Padre del cielo quiso comunicar su belleza y gloria en tiempo, siendo infinitamente sabio, y siendo fuente de amor, de donde nace todo el bien á las criaturas, para hacerlas bienaventuradas á cada una en su tanto; viendo que fuera dél no podia haber felicidad alguna, determinó de hacerse fin de todas ellas, y que, así como nacian de Dios, así tambien fuesen á parar en Dios, y hasta llegar á este punto ninguna de todas ellas tuviese perfeccion, y por el mismo caso ni reposo ni bienaventuranza: *Fecisti nos Domine ad te, et inquietum est cor nostrum, donec revertamur ad te*; son palabras del glorioso doctor y padre nuestro san Agustin: Hicistesnos, Señor, para vos, para gozar de vos, para amaros á vos; y así, nuestro corazon jamás halla descanso hasta que volvamos á vos. La figura esférica ó circular es tenida en geometría por la mas perfeta, porque acaba en el punto donde comenzó; y por eso el Señor se llama principio y fin en el primer capítulo del *Apocalipsi*. Para alcan-

zar este fin dió Dios el cargo al amor, el cual, como al gran artífice poniendo las manos en la obra, y mirando las criaturas que Dios había criado, vió entre ellas dos que eran las mas nobles y excelentes. La una era espiritual del todo, y la otra metalada, que es el hombre. Las primeras son los espíritus angélicos de todas las bienaventuradas jerarquías, los cuales los había Dios criado para pajes de su casa; las segundas son los hombres, para que, después de una larga guerra de días y años vividos en Dios, recibiesen el triunfo y corona entre los ángeles en la gloria. Vió tambien que así los ángeles como los hombres tenían dos piezas de gran valor por donde él podía salir con lo que se le había encomendado, que son entendimiento y voluntad. Por el entendimiento conocemos, por la voluntad amamos. El amor está en duda por cuál de estos caminos guiará este negocio; y halla por su cuenta que si por el entendimiento lo lleva no sale con lo que pretende; porque esta es la diferencia que hay, entre otras, entre estas dos potencias, que la voluntad es potencia unitiva, esto es, que hace uno al amante con el amado; lo cual no tiene el entendimiento. Esto hace la voluntad; saliendo fuera de sí, y pasando á lo que ama y dejando su propio ser, toma el del amado. El entendimiento ejercita sus actos, recibiendo dentro de sí las especies ó semejanzas de lo que ha de entender, y ajustándolo á su talle. De aquí es que las cosas que valen mas que nosotros, mejor es amarlas que entenderlas; porque amándolas cobramos ser mas perfecto, pues el amor nos une con lo amado; y entendiéndolas, parece que ellas pierden de su ser y valor, pues las ajustamos y entallamos conforme á nuestro entendimiento; pero si son de menos valor que nosotros, mejor es entendellas que amallas; porque con amallas nos hacemos de mas bajo ser, pues cobramos el que tienen y perdemos el nuestro, y entendiéndolas las mejoramos por la razon ya dicha. Por esto dijo el glorioso padre san Agustín: Si tierra amas, tierra eres; si cielo amas, cielo eres; y si á Dios amas, Dios eres; conforme á lo que dice el Apóstol: *Qui adhaeret Deo, unus spiritus est cum eo*; El que se une con el Señor, hácese una cosa con él y vive una vida misma y del mismo espíritu; así como nuestro brazo vive, la misma vida de vuestro cuerpo, porque la vivifica el mismo espíritu que á vuestro cuerpo. Tambien se entenderá de aquí un estilo de hablar que tenemos, y es que Dios nos ama en sí y por sí. Es muy gran verdad, porque no puede amarnos en nosotros conforme á lo que habemos dicho, que el amado es fin del amante. Dios no puede tener alguna criatura por fin suyo, porque al fin es mas noble; y como el que ama pasa en lo amado y cobra aquel nuevo ser, sería cobrar Dios vida y ser imperfecto; cosa que no puede ser. Amamos, empero, por sí y en sí, adonde todos estamos y vivimos; y constitúyese por fin de su mismo amor, no amando cosa fuera de sí. Volviendo pues á nuestro propósito, quedese el entendimiento, dice el amor, pues por él no puedo yo unir las criaturas con su fin, que es Dios, y afierra y apodérase de la voluntad. Y porque, co-

mo dicen los filósofos, ninguna cosa puede amarse sin que preceda primero el conocella; porque la voluntad, aunque es señora, empero es ciega, y el entendimiento es su gomecillo y paje que la adiestra; y así, el conocimiento ha de preceder al amor. Por esto el amor representa el fin, que es Dios, á los espíritus celestiales, que, vueltos á mirar aquella fuente de amor dulcísima, arden con un sabroso fuego; adonde, ¿quién podrá decir lo menos de lo que gozan? Están rendidos á aquella divina, pura, antiquísima hermosura de Dios; llévalos el amor enlazados y presos de un dulce y libre lazo de amor, para que tornen á la fuente y principio donde salieron; y como ven aquel sol de infinita belleza, amante eterno de sí mismo, vanse aquellas mentes angélicas, atónitas, enajenadas de sí, libres sin libertad, presas sin prision, como las mariposas á la llama. Allí se encienden y no se queman, arden y no se consumen, apúrrese y no se gastan. ¡Oh sol resplandeciente, hermosura infinita, espejo purísimo de la gloria! ¿quién podrá decir lo que sienten los que te gozan? ¡Oh ricas moradas de la celestial Jerusalem, adonde no se sabe qué cosa es noche, porque el Cordero es tu sol que jamás se traspone! *Quàm dilecta tabernacula tua, Domine virtutum! concupiscit, et deficit anima mea in atria Domini*; ¡Qué hermosas son, Señor, vuestras moradas, que dignas de ser amadas y deseadas de todos! Desmaya, Señor, mi alma con el deseo de verme en ellas. *Cor meum, et caro mea exultaverunt in Deum vivum*; Mi corazón y mi cuerpo salen de sí de contento, y se alegran en Dios vivo. Es tanta la alegría que mi alma siente en acordarse de mi Dios, que, como el corazón sea su principal asiento, y el cuerpo se gobierne por el corazón; al alegrarse el alma, el corazón no cabe en el pecho, de contento; y así, es fuerza que se dilate el alegría por el cuerpo; no queda potencia en mi alma ni sentido en mi cuerpo, en que no ande un sonido dulce de gloria. *O Israel, quàm magna est domus Domini, et ingens locus possessionis ejus!* Dice Baruch profeta: «¡Oh pueblo, oh alma, que deseais la casa de Dios, ensancha ese deseo, abrid ese corazón, que casa rica tiene Dios para hinchiros de bienes; y tan grande es, que no se cierra su término con montañas ásperas ni con el espacioso mar Océano, ni confina con reinos extraños! Oh casa, oh ciudad, adonde todos aman, adonde el amor jamás tiene fin, porque el amado, Dios, carece de fin!» Y como dice Plotino, el amor es infinito, la hermosura es de otro linaje, la belleza ante toda belleza es flor y fuerza de toda hermosura, principio y fin de toda belleza, que hermosea todo aquello de quien es principio. De aquí descende el amor á mezclarse entre los espíritus bienaventurados, y anda de pecho en pecho, tomando la posesion de todos ellos, y hace que se amen unos á otros; y no pueden dejar de amarse; porque, así como muchas piedras preciosas puestas al rayo del sol, cada una representa otro sol que deslumbra poco menos que el del cielo; así en cada serafín y en los demás espíritus bienaventurados, heridos y rayados con aquella inmensa fuerza del amado eterno,

Dios, se parece otra fragua de amor divino, y cada uno parece un dios digno de ser amado. Por esto, mirándose unos á otros, y viendo en cada uno aquel Dios que tan dulcemente aman, no pueden dejar de amarse entre sí. ¡Oh ciudad enamorada, quién se viese en tí!

## SALMO LXXXIII.

*Quàm dilecta tabernacula tua, etc.*

¡Qué amables tus moradas,  
Señor de los ejércitos del cielo,  
Del alma deseadas,  
Que desmaya en pensallas desde el suelo!  
Y tal dulzura siente  
Cuando el Señor piensa en los umbrales,  
Que al alma de impaciente  
La dejan los espíritus vitales.  
Alégranse en Dios vivo  
Mi corazón, mi carne, que, movidos  
De aquel ardor nativo  
De estar contigo, dan por tí gemidos.  
Allí halla casilla  
A do descanso el simple pajarillo,  
Allí la tortolilla,  
Ejemplo de un amor casto y sencillo,  
Hace su nido amado,  
A do guarda sus polluelos,  
Y cabe tu sagrado  
Altar descansa libre de recelos.  
Allí la golondrina  
Parlera, con el pico artificiosa,  
Junto á la ara divina  
Edifica su casa presurosa.  
A mí solo se cierra,  
Oh Rey de las virtudes, este paso,  
Y acá en ajena tierra  
Lloró en destierro el infelice caso.  
¡Oh, bienaventurados  
Los que viven, Señor, allá en tu casa,  
Y en tus techos dorados,  
A do jamás la gloria y bien se pasa!  
Que con un dulce canto,  
Cual de los serafines, desde el suelo  
Te cantan: «Santo, santo,  
Señor de los ejércitos del cielo.»  
¡Oh, felice y dichoso  
El varon que tiene á tí por muro!  
Que el pecho generoso  
Lo tiene en el peligro mas seguro,  
Y en el corazón hace  
Caminos por do vienen las divinas  
Fuerzas, do el alma yace,  
De ti bajadas por secretas minas.  
Todos los deste talle  
Andan como entre muchas limpias fuentes  
De un deleitoso valle,  
Apagando la sed en sus corrientes.  
¡Oh, bienaventurado  
El que en su corazón la escala arrima!  
Por do del estrellado  
Cielo se alcanza la suprema cima;  
Mientras en este suelo  
De lágrimas, do vive en su destierro,  
Sospira por el cielo,  
Perdido por aquel primero yerro.  
Que el legislador Cristo  
Le vestirá de bienes, con que halague  
A su pueblo, que visto

Le servirá, porque con gloria pague.  
Y contino mas fuertes  
Creerán en virtud, hasta aquel punto  
Que se truequen las suertes  
Y vean todo el bien de Dios por junto.  
Señor de las virtudes,  
Oyeme agora y atiende á mi gemido;  
Y para que me ayudes,  
Dios de Jacob, inclina á mí tu oído.  
¡Oh defensor y amparo  
Nuestro! Pues mi destierro, Dios, has visto,  
Vuelve tu rayo claro,  
Y asíéntale en el rostro de tu Cristo.  
De tu David te acuerda,  
Que le ungiste en rey, y desterrado  
Se ve; Dios, no se pierda;  
Confírmale tú el reino que le has dado;  
Que mejor es un día  
De los que allá se gozan en tu casa  
Que mil de la alegría  
Que da el mundo á los suyos, corta, escasa;  
Mas quiero con trabajo  
Ser en tu santa casa barrendero,  
O si hay otro mas bajo,  
Que aquel me será á mí mas placentero,  
Que estar en las moradas,  
Ni en las soberbias casas de señores,  
De jasper fabricadas,  
Gozando sus privanzas y favores.  
Que la misericordia  
Es la que Dios mas ama y encarece,  
Y la paz y concordia,  
Con quien lo pequenuelo en alto crece;  
Y la verdad nacida  
De aquella celestial y eterna fuente,  
Y de allá descendida  
Para enderezar acá la humana gente.  
Y así, por la primera  
Dará gracia el Señor al limosnero;  
Tambien por la postrera  
Lo colmará de gloria al verdadero,  
Y al justo é inocente  
No privará del bien que se le debe;  
Antes en la luciente  
Region de donde todo el bien nos llueve,  
De resplandor cercado,  
Entre las jerarquias de la gloria  
Gozará descuidado  
Del fruto que tendrá de su vitoria.  
Señor de las virtudes,  
Defensa de los hombres verdadera,  
Que en llamándote acudes,  
Dichoso aquel que en tu bondad espera.

Hasta agora habemos tratado cómo se ha el amor con las criaturas intelectuales, que son los ángeles; bajemos agora á ver cómo se aviene con las racionales, que son los hombres. La raíz de todas nuestras afecciones es el amor, porque todo lo que tenemos, aborrecemos ó deseamos, es por la conveniencia ó desconveniencia que tiene con nosotros. Y tanto es el temor que teneis de perder alguna cosa, cuanto es el amor que la teneis. De aquí es que el gobierno de nuestra vida, los jefes en que se revuelve es el amor. Por esto decia el gran padre san Agustín: *Amor meus, pondus meum, illò feror, quocumque feror*. Todas las cosas tienen su peso y

gravedad, que las lleva tras sí; pues mi peso, dice Agustino, es mi amor, «este me lleva do quiera que voy.» De aquí es que en acertar á entablar bien la voluntad y amor consiste todo el juego de la vida; porque, si este va errado, todo va errado, y si se acierta, todo se acierta; y así, el mismo Agustino dice que el amor propio hasta despreciar el de Dios edifica la ciudad de Babilonia, y el amor de Dios hasta el desprecio de sí mismo edifica la ciudad de Jerusalem; que Babilonia es la ciudad del infierno, y Jerusalem la del cielo. Y con irnos tanto en acertar á asentir el amor, es una potencia que no puede estar parada. De aquí nacen nuestros males, de no saber enfrenar este potentísimo apetito; y así, de amor le volvemos en furor.

Hieroteo y el gran Dionisio Areopagita, en aquel himno divino que cantaron del amor, dicen: *Amor circulus est bonus, à bono in bonum perpetuò revolutis*; Es el amor un círculo bueno, que perpetuamente se revuelve del bien al bien. Necesariamente ha de ser bueno el amor, pues naciendo del bien, vuelve otra vez á parar en el mismo bien donde nació; porque el mismo Dios es aquel cuya hermosura desean todas las criaturas, y en cuya posesion hallan su descanso. La razon desto es, porque lo que nace de la hermosura de Dios se dice amor, que imposible es que aquella infinita belleza no cause amor. Cuando viene á nosotros enciende el apetito y llamase deseo. Cuando, sacando al alma de sí, la arrebatada y la lleva y une con Dios, se llama deleite; de suerte que todo el círculo consta de amor en la hermosura de Dios, de deseo en nuestro apetito, de deleite en la union divina. Y cuando decimos amor, todas estas tres cosas encerramos en su nombre. Por esto se llama perfectísimo, porque por sí solo encierra los efectos de todas las virtudes y los frutos dellas, y sin él ninguna merece el nombre de virtud; si no, preguntásele á aquel gran amador san Pablo que dice: *Adhuc excellentiorem viam vobis demonstro*; Quiero, dice, enseñaros un camino mas cierto y un atajo mas alto, por donde podáis llegar mas presto á la cumbre de la perfeccion cristiana. ¿Cuál es? *Si linguis hominum loquar et Angelorum, charitatem autem non habeam, factus sum velut aes sonans, aut cymbalum tintiens*. Es el atajo del amor (dice san Pablo); porque si yo tuviese mas suelta lengua que los ángeles del Cielo, y entendiese cuantos lenguajes se hablaban en la torre de Babilonia, y fuese mas mi facundia y destreza en el hablallo que la de Tulio en latin, y Platon y Demóstenes en griego; si con esto me falta amor, «seré un bacin de barbero, ó campana que retíne en el aire;» mas os digo, que si me diera Dios cuanto espíritu de profeta dió á Moises y á David y á todos los santos profetas juntos, y conociera todos los misterios y secretos de la Trinidad y toda la ciencia que saben los querubines, y tuviera tanta fe que mandara arrancar los montes de su asiento, y lo hiciese así; si con todas estas grandezas me falta el amor, no soy nada. Poco digo: si fuese mas rico que Creso y mas liberal que Alejandro, y en hacer hospitales y edificar iglesias, y en casar huérfanas y mantener pobres gastase to-

da mi riqueza, y cuanta tienen y han tenido los emperadores de Roma y los reyes del Perú y de toda la India, y mas, que es poco esto; si me hiciesen mas martirios que á todos los mártires juntos, que me apedreasen como á san Estévan, me asasen como á san Lorenzo, me aspasesen como á san Andres y me desollasen como á san Bartolomé; si me falta el amor, nada me aprovecha. Pues volved agora á mirar lo que hace, y cómo él solo es toda virtud y excluye por sí todo mal. Añade el Apóstol: *Charitas non aemulatur, non inflatur, non est ambitiosa, non irritatur, non cogitat malum, non gaudet super iniquitate*; El Amor, dice, no es envidioso, no es hinchado ni entonado y altivo, no es ambicioso, no es enojadizo, jamás piensa mal, no le dan contento los dobleces y malicias de los malos. Veis aquí cómo excluye todo mal; pues mirá cómo encierra todo bien. Síguese luego en el Apóstol: «La caridad y amor es sufrido, es benigno, huélgase con la verdad, todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo lleva bien.» Hé aquí cómo encierra en sí todas las virtudes. Si uno ama, cree á quien ama, fíale las cosas de precio, perdónale los hierros de buena gana, no le envidia sus buenos sucesos, no le roba la hacienda, no le quita la honra. Dadme que ame, que yo os daré que cumplá todo cuanto dice san Pablo. Y así, no halló el Sabio con quien igualarlo sino con la muerte; *Fortis est ut mors dilectio*; El amor es fuerte como la muerte; y aun mucho mas, pues venció á la muerte; que por amar tanto el Señor á María y Marta, resucitó á Lázaro. ¡Oh amor, que todo lo puedes, todo lo rindes, todo lo vences! *Omnia vincit amor, et nos cedamus amori*. Eres lo mas fuerte, pues no vences ejércitos armados, no sujetas reinos, no ligas las robustas manos de bravos jayanes; mas rindes los corazones humanos, no con hierro y mano armada, mas con dulzura, con regalos, con suavidad, con blandura. Eres ¡oh amor! lo mejor del Cielo y tierra, y lo mejor que Dios puede dar. Pida sabiduría el necio, pídate honra el ambicioso soberbio, pida hacienda el avariento cruel, pida deleites el hombre sensual; que yo, Señor, tu amor te pido. *Nolo tua, sed te*, dice san Agustín; No quiero Señor, á tus cosas, sino á tí. Si tu amor me niegas, á tí te me niegas, y si tu amor me das, á tí te me das; todas las otras cosas que tienes, comunes son á buenos y á malos; pero tu amor solo es para los buenos, solo para tus amigos; con el amor lo tengo todo, sin el amor no tengo nada; pero mirá que el amor puede ser bueno y malo, y para esto supongamos que ninguna cosa hay en nosotros que sea verdaderamente nuestra ni esté en nuestra mano, sino solo el amor. De aquí es que si nuestro amor es bueno, somos del todo buenos, y si este es malo, somos del todo malos. Síguese mas de lo dicho: que á quien damos el amor, damos cuanto podemos y somos, y ninguna otra cosa nos queda que le podamos dar, que nuestra sea. Y si perdemos el amor, perdemos cuanto tenemos, y somos perdidos. Hay mas: que el amor es don y no se puede forzar, y por esto se llama «don dado liberalmente». El don que vos dais, pasa en poder de aquel á quien le dais, de suerte que os desnudais del

señorío que teniades; y el que recibe el don, se enviste en él, y hace á su voluntad de lo que le distes. El amor consiste en la voluntad, porque es efeto y acto propio suyo; la voluntad es la señora que manda á las demás potencias; el amor llámase potencia unitiva, que une el amante con el amado, sacándole de sí y llevándole á lo que ama, y allí le transforma y hace uno con él. Pues como el amor lleve la voluntad tras sí, y ella, por ser señora, lleve las demás potencias consigo, síguese que el amado es señor de todo el amante, y el amante se transforma en el Amado. Pero descubramos mas de qué suerte se hace esta transformacion, y para esto es de saber que un estilo de hablar que tienen los mundanos en sus profanos amores, de llamar *vida* y *alma* á la persona que aman, es tomada y se funda en una verdad averiguada, aunque aplicada á mal uso. Lo mas excelente y estimado que los hombres, ángeles y el mismo Dios tienen, es la vida. Y de aquí es que todos los miembros se ponen á peligro á trueque de que se conserve la vida, y por esto nació aquel dicho castellano: «viva la gallina.» etc. La razon desto es, porque perder una mano no es perdello todo; aunque me corten un pié puedo vivir; pero la muerte es un perder por junto, donde se pierde mano y pié, ojos, lengua y los demás sentidos. Sabia bien el demonio cuán dulce le era al hombre la vida, cuando, habiéndole quitado al santo Job la hacienda, los criados, el ganado, los hijos y cuanto tenia, alabándole el Señor porque todo lo habia llevado bien, respondió el demonio: *Pellem pro pelle, et cuncta quae habet homo, dabit pro anima sua*; Señor, no os maravilleis de eso, dice Satanás, que á trueque de guardar el hombre su piel, dará de buena gana las ajenas, aunque sean de sus hijos. Así que, esta vida tan dulce hace temer tanto la muerte. Pues mirá agora el artificio de Dios, que, para obligar á todas las cosas á que le amasen, hizo que ninguna dellas tuviese vida de suyo, sino que el cuerpo la tuviese en el alma, y el alma en Dios, el cual solo es vida por esencia; de suerte que si habeis vos de tener vida ha de ser en Dios. ¿Cómo? ¿Entendiéndole? No, sino amándole; porque, como habemos dicho, el amor une al amante con el amado, y hácele comunicar la vida de quien ama, y que el amado sea alma del amante. Y así, no es metáfora ni solo estilo de hablar, cuando al amado le llamamos «nuestra vida, nuestra alma». Pruébase claro; porque la razon que hay para que cuando el alma está triste el cuerpo desmaye y se pare flaco y pierda el color, como lo dice el Sabio, que «el espíritu triste seca los huesos», es porque el alma da vida al cuerpo; y así, cual ella le die la vida, tal la tendrá y la mostrará el cuerpo; pues así también, si el amado padece alguna cosa triste, se entristece el amante. Por eso san Pablo, como buen amador, decia: *Mihi vivere Christus est*; A mí Cristo me es vida. Y por esto, viendo á su vida crucificada, decia: *Christo confixus sum cruci*; Estoy yo cosido con mi Cristo en la cruz. David llamaba á Dios *mi salud: Dominus illuminatio mea, et salus mea*; El Señor es mi luz, sol mio, resplandor mio, salud de mi alma. Salud,

luego vida; porque donde hay salud, hay vida. La esposa llama al esposo *corazon mio: Ego dormio, et cor meum vigilat*; Yo duermo, y mi corazon vela. Y porque el lugar es muy curioso, quiérole declarar de asiento, y probar que sea este su verdadero sentido. Y porque los *Cantares* de Salomon son un égloga pastoril, en la cual se introducen un pastor, que es Cristo, y una pastora, que es la Iglesia, es menester tomar la proporcion de lo que acá en los amores humanos suele pasar, á lo que pasa en los divinos. Muchas veces acaece que el que ama y sirve una doncella con quien pretende casarse, la rua de día la calle, rónasela de noche, y aguarda arrimado á una esquina si verá abrir alguna ventana, ó por algun resquicio descubrirá luz, ó si acaso su dama se asoma á parte donde la pueda ver ó hablar. Y á esa sazón acaecerá que ella, aunque le quiera mucho, esté durmiendo con todo el descuido del mundo. Si acaso él le da música ó hace algun ruido por donde ella despierte en conociéndole, pues tanto le ama, ¿quién duda que no dirá: Yo estoy durmiendo á sueño suelto, y mi corazon y el que amo mas que á la vida está desviado y en la calle? Así finge Salomon, que una noche el esposo, rondando la puerta de su esposa, comenzó á llamarla y decille: «Abridme, hermana mia, amiga mia, paloma mia; mirad que es pasada la mayor parte de la noche, y ya cae el rocío del alba.» A la voz del esposo recordó la esposa de su sueño, y como conoció á su esposo, dijo: *Ego dormio, et cor meum vigilat*; Mira mi descuido (dice la esposa), y el cuidado de mi corazon y mi amado; que yo estoy durmiendo y acostada, y mi esposo en la calle desvelado. Así que los santos, porque viven en Dios, le llaman su vida; san Pablo lo dijo bien, como todo lo demás, en el capítulo 3.º á los colosenses: *Mortui estis, et vita vestra abscondita est cum Christo in Deo. Cum autem Christus apparuerit vita vestra, tunc et vos apparebitis cum ipso in gloria*; Estáis muertos (dice el Apóstol), porque no vivis en vosotros ni al mundo; y donde el alma no obra, no se dice que habita; y pues el amor ha llevado á Dios, síguese que estáis muertos. Pues ¿dónde viven, san Pablo? En Dios, adonde está escondida su vida, porque el mundo no llegue á descubrir con sus turbios ojos la vida espiritual de los justos, y por eso la llamó escondida; pero no está sola, sino con Cristo, que está escondido en Dios, porque está en el seno del Padre, y dijo de sí mismo: «Nadie conoce al Hijo sino el Padre.» Dicese también estar Cristo escondido en Dios, porque hasta el día del juicio universal no es conocido de muchos gentiles, judíos y bárbaros; pero entonces le conocerán, como lo dijo David: «Será conocido el Señor cuando tomare las cuentas al mundo.» Entonces, dice san Pablo, cuando apareciere Cristo, vuestra vida aparecerá; esto es, se descubrirá y conocerá el mundo que viviades. Llamó á Cristo *nuestra vida*, porque él nos la da. De aquí se sígue que eñforme al amor, sube ó baja de valor el hombre; porque no es mas bueno de cuanto lo fuere la vida, y esta la da el amor; luego no será mas buena de cuanto lo fuere lo que ama. Por esto dijo mi padre san Agustín:

«Si tierra amas, tierra eres; si cielo, cielo eres; si á Dios, Dios eres;» porque, *Qui adhaeret Deo, unus spiritus est cum eo*; El que se allega á Dios, hácese un espíritu con él. Luego si de un espíritu vive, tendrá la misma vida, y se llamará Dios en su tanto, conforme á lo del salmo alegado por el Redentor en san Juan, en el capítulo 10: «Yo dije: Dioses sois, y todos los buenos sois hijos del Altísimo.» Conocia bien David que lo que amase le daría vida cual ello fuese; y así, decia: *Mihi autem adhaerere Deo bonum est, et ponere in Domino Deo spem meam*; Muy buena cosa me es á mí allegarme á Dios y poner en él toda mi esperanza. Y porque sin vida poco aprovecha la riqueza ni aun el cielo, y con ella (digo la verdadera) no hace falta la gloria, decia: *Mihi autem quid est in coelo? Et á te quid volui super terram?* ¿Qué quiero yo, Dios mío, bien mío, gloria mía, sin vos en el cielo? Si vos, esperanza mía, no estáis allí, todo me será noche, todo tristeza, todo infierno; y si á vos, vida de mi alma, os tuviese en el infierno, me sería dulce paraíso, allí tendría yo gloria. ¿Qué quiero yo de vos sobre la tierra? Nada por cierto, pues sin vos no tengo vida, y el muerto nada ha menester de cuanto el mundo tiene. Pues decidme, David, ¿qué os daría contento? *Defecit caro mea, et cor meum: Deus cordis mei, et pars mea Deus in aeternum.* ¡Ah, que desmaya el alma mía y se enflaquece el corazón acordándome de lo que quiero! Dios mío, corazón mío, ¿qué puedo yo querer sino á vos? Que vos seáis mi heredad, de quien me viene todo el fruto de mi gloria: *Quia ecce, qui elongant se á te, peribunt*; Porque los que de Vos ¡oh fuente de vida! se apartan, perecen y mueren; porque, dejando la vida, ¿qué esperan sino topar con la muerte? Huyen de la fuente; ¿qué les queda sino morir de sed en el calor del infierno? Apártanse de su alma; luego serán una sombra vana. De lo dicho inferimos que, pues lo mejor y mas dulce que el hombre tiene es la vida, y conforme á recta razón ha de desear para sí la mejor y mas perfecta, y esta es Dios, y pues no la podemos alcanzar sino amándolo, que lo primero que habemos de amar es Dios, pues él solo es superior á nuestra voluntad. Esto mismo nos enseña toda la orden de naturaleza; porque las cosas inferiores y menos dignas se mudan en las superiores y mas dignas. Así se convierten los elementos en las plantas; estas, por sus frutos, en naturaleza de animales, que los comen; los animales se convierten en el hombre, comiéndolos y manteniéndose de su carne; y allí se perfeccionan y ennoblecen. Luego, para que todo el hombre se mude en mejor, ha de amar primero á Dios. Toda la naturaleza da voces que la cosa que primero se ha de amar es Dios, y cuando falta esta orden, es mal amor y desordenado. Esto es lo de *diligis Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et in tota anima tua, et in tota mente tua, et ex omnibus viribus tuis*. Mándanos el Señor que le amemos de todo corazón, con todas nuestras fuerzas, así del alma como del cuerpo, con todas nuestras potencias interiores y exteriores, y con todo lo que somos, para que nosotros todos nos mudemos en él, y no haya parte en nosotros que no se en-

noblezca, cobrando mas noble vida en él, amándole con todas ellas. Hé aquí agora la gran fuerza del amor, y de qué suerte une á los ángeles y á los hombres con Dios. Resta agora que digamos cómo va un hombre cayendo de tan alto estado, y viene á morir por el pecado, y á destruir y borrar la imagen de Dios, y á imprimir en su alma la del demonio.

## PARTE II.

### §. I.

Estado primero de pecadora.

Para pintar el estado de pecadora en que se vió la Madalena, será bien tomar el Evangelio por guía, para que nos adiestre y no nos perdamos de nuestro intento. Y lo primero, supongamos que el Espíritu de Dios nos pone delante los ojos á la Madalena como un raro y admirable ejemplo de penitencia. Suelen los grandes pecadores, á quien sus muchos pecados han traído á cegalles la luz del entendimiento, desconfiar de poder alcanzar perdón; porque, cuando entran en cuentas con su conciencia, á sí mismos se aborrecen y son intolerables. Y cuando les dicen: Hermano, ¿por qué no haceis penitencia? Por qué no acabais ya de determinaros á salir de vuestro pecado? Responden: ¿Cómo quereis que salga si ya para mí no hay cielo ni misericordia? Un hombre como yo, que toda su vida la ha gastado en ofensas contra Dios, ¿qué esperanzas podrá tener de su remedio? Y así, dejan de volverse á Dios, como lo dice Jeremías: *Prohibe pedem tuum á nuditate, et guttur tuum á siti. Et dixisti: desperavi, nequaquam faciam; adamavi quippe alienos, et post eos ambulabo*. Mira la locura de mi pueblo (dice el Señor), que diciéndole yo: Pueblo mío, ¿por qué, pudiendo andar calzado en el invierno, quereis andar descalzo? Por qué, pudiendo tener refresco en el verano y beber frio, quereis perecer de sed? Mas claro: ¿Por qué, alma, pudiendo andar vestida de gracia, que es ropa que os tendrá el frio de la desnudez del pecado, quereis andar desnuda de virtud y sufrir los hielos de los vicios? ¿Y por qué, pudiendo hallar refresco contra el calor desordenado de vuestras pasiones en mí, que soy fuente de vida eterna, quereis mas secaros al ardor de vuestros pecados, para haceros madero seco para arder para siempre en el infierno? Y Señor, ¿qué os respondió vuestro pueblo á tan justa querella? *Desperavi, nequaquam faciam*. La respuesta fué: «Ya es tarde, que he desesperado del remedio.» No lo haré, porque toda la vida he amado á los extranjeros, esto es, á los vicios y pecados, que se llaman *extranjeros* porque no eran de nuestra cosecha ni era lo que Dios había sembrado en el alma; porque el Señor solas virtudes había sembrado. Lo mismo dice en el capítulo 28 del mismo profeta. Diceles el Señor: *Revertatur unusquisque á via sua mala, et dirigite vias vestras, et studia vestra*. Acójales yo que torciesen la rienda del camino que llevaban, que se volbiesen á mí, que dejasen ya de pecar.

Respondiéronme: *Desperavimus: post cogitationes nostras ibimus, et unusquisque pravitatem cordis sui mali faciemus*; Desesperado habemos; ya no hay mas de seguir tras nuestro deseo y hacer cada uno su mal intento. Otros hay que se excusan con decir que descan hacer penitencia, pero que no saben cómo la hagan. Y á las veces el pecado los ha traído á tal estado, que, aunque á ellos y á los hombres les parezca que hacen penitencia, no la hacen á los ojos de Dios, porque no lloran por él, sino por sí mismos. Lloraba Esaú, dice la Escritura, *Genesis, 27*, y refiérela san Pablo á los hebreos en el capítulo 12: *Esau propter unam escam vendidit primitiva sua; scilicet enim quoniam et postea cupiens haereditare benedictionem, reprobatus est: non enim invenit poenitentiae locum, quanquam cum lacrymis inquisisset eam*; No seáis profanos como Esaú (dice el Apóstol), el cual por una comida vendió el derecho de su mayorazgo. Que sabed que, después arrepentido, y deseando heredar la bendición de su padre Isaac, se halló burlado y llegó tarde su arrepentimiento; tanto, que no le aprovechó la penitencia, aunque la buscó con lágrimas. Pecó Esaú en vender la herencia de primogénito, porque era el derecho que tenían al sacerdocio, que iba entonces por los mayorazgos; y así, cometió simonía. Jacob no, porque no compró propiamente, sino solo redimió su vejación; pues que, conforme á la ordenación divina, á él se le debía el mayorazgo y la bendición. Lloró Esaú, no por su pecado, mas por el interés que perdía; y así, no fué verdadera penitencia, que á serlo no le negara el clementísimo Señor el perdón. Así fueron tambien las lágrimas del rey Antiocho, que, habiendo robado el templo de Jerusalem, le castigó Dios con una espantosa enfermedad; y siendo el dolor que le causaba vehementísimo, dice la Escritura: *Orabat scelestus Dominum, á quo non esset misericordiam consecuturus*; Oraba el malvado rey al Señor, de quien no había de recibir ni alcanzar misericordia. Pero la divina bondad á nadie desecha si de corazón se vuelven á él. Y así, dice el Sabio: *Quis enim invocavit Deum, et despectit eum?* ¿Quién hay que pueda decir con verdad que, habiendo llamado á Dios como debe, le haya Dios desechado y dado con la puerta en los ojos? Nadie por cierto. Así que, volviendo á nuestro propósito, unos desesperando del perdón por la grandeza de sus pecados, no hacen penitencia; otros dicen que no saben cómo la han de hacer; y ya que hacen algo, no es verdadera penitencia. Pues para que ni los unos ni los otros tengan excusa de su pecado, pone la Sabiduría divina un raro ejemplo de penitencia. Una Madalena cargada de pecados de piés á cabeza, que, con sus lágrimas y dolor, y amor que al Redentor tuvo, llegó á oír de la boca del mismo Dios aquel «bien te quiero», con que hace bienaventurados. Dice pues nuestro Evangelio:

### §. II.

Rogaba á Jesus un cierto fariseo que comiese con él. Convidado uno á comer á Diógenes el Cínico, no quiso

E. XVI-I.

ir ni acetar el convite. Y preguntándole la causa, respondió: «Porque el otro día me convidaron y no me dieron gracias por ello.» Parecía á este filósofo que le habian de agradecer el querer ir convidado, y cierto tenía razón; porque, cuando vos llevais un hombre sabio á vuestra casa y le sentais á la mesa, mayor merced os hace él en ir que vos en llevalle. La razón es, porque lo que él en vuestra mesa come vale pocos maravedís, y lo que él allí os enseña no tiene precio. Dice el Sabio: *Narratio fatui quasi sarcina in via: nam in labiis sensati invenietur gratia. Os prudentis quaeritur in Ecclesia, et verba illius cogitabunt in cordibus suis*; ¿Qué pesado es un necio en entenderse (dice el Sabio), y cómo muele si os habla! Qué torpe es en declararse! Qué cabezudo en sus porfías! No hay carga que tanto pese al que va á pié como la conversacion cansada de un necio; lo que es al contrario en un discreto. Luego bien decia Diógenes, «que se le habian de dar gracias, porque acetaba el convite.» Pues si las merece un hombre sabio por el interés que trae su conversacion, ¿cuántas se deben de dar á Dios, que quiera comer con los hombres y honrarles su mesa? «Yo estoy á la puerta y llamo (dice el Señor); si alguno me abriere, entraré y cenaré con él.» ¡Oh gran Dios, que porque no sea menester buscarte estás á la puerta y no quieres mas de que te la den, que tú te entrarás! No dices, Señor, si alguno me rogare, sino si alguno me abriere; porque entienda el pecador que tiene un Dios tan pegajoso, que ha menester pocos achaques para entrar y quedarse en casa: *Deliciae meae esse cum filiis hominum*, decías tú, Señor. Pues ¿qué mucho que convidádotte y rogándote este fariseo comas con él? Pero aun aquí, Dios mío, hallo nueva razón de alabar tu bondad, tu clemencia y mansedumbre. No me espantaria yo de que Diógenes acetase la mesa ajena; porque al fin, ya que no le daban buenas gracias, no se las daban malas; mas, espántome mucho ver que admite Cristo convite de fariseo; porque no solo no le agradecian el acetallo, mas aun mirábanle á las manos y contábanle los bocados para calumniarlo. Y así, dice el Evangelista que entró un día de fiesta el Señor en casa de un fariseo á comer, y él y los demás le tenían ojo para ver si se desmandaba en algo para acusalle. Y así, le llamaban «gloton, destemplado, amigo del vino», y otras graves blasfemias. Pues Señor, ¿qué novedad es esta? ¿Vos no sois el que tenéis nombre de comer con los publicanos y pecadores? En el capítulo 23 de san Mateo nos pintais las costumbres de los fariseos de tal manera, que entendemos que no es gente de quien vos gustais. Gente que se pica de santa en lo exterior; vos, Señor, comeis corazones. Gente pagada de sí; vos, Señor, quereis los hombres descontentos de sí mismos. Gente ambiciosa, codiciosa, gran pregonera de sus cosas; vos, Señor, abomináis todo esto. Finalmente, por el mismo caso que gustais tanto de comer con sus contrarios los publicanos, entendemos que estotra gente no es á vuestro sabor. Convidaisos á comer con un Zaqueo, pero era príncipe de los publicanos. Vaisos con Mateo, pero